

Manu escribe un verso en francés en honor de una mujer que acababa de conocer. La mano le temblaba, no sabía si de miedo o de emoción. Baudelaire, siempre a su lado, le animaba insuflándole valor. Estaba a punto de llorar de tanta agitación que sentía en el pecho. Lo sentía oprimido como si estuviera a punto de darle un ataque al corazón. Y lo peor es que a unos metros se encontraba su novia, con la que había pasado diez años de su vida. Habían ido juntos a una fiesta de lo más banal. Él odiaba ese tipo de cosas, pero a ella le encantaban. Además sospechaba que el anfitrión, Maurice, un pijo que trabajaba en una ONG y viajaba por el mundo entero gracias a las influencias de su padre, estaba loco por ella. La verdad es que hacían buena pareja. Maurice era alto, incluso más que él, y sabía que a su novia eso la volvía loca. Él era el más espigado de la clase cuando empezaron a salir, aunque más que grande se le podía considerar larguirucho. Al principio creía que con el tiempo se volvería corpulento, pero no, cada día que pasaba adquiría un aire más desgarbado. Para colmo, las entradas le crecían a un ritmo agigantado. Su novia insistía en que debía cortarse el pelo, pero se negaba. En el fondo intuía que él no se adaptaba al estereotipo que a ella le hubiera gustado y que si seguían juntos era simplemente por interés. Cada uno tenía los suyos, completamente diferentes. Él, cuya familia estaba en la absoluta miseria, se había aferrado a aquella relación para poder sufragarse los estudios. La cuestión era que su padre había comerciado con arte robado e ido a la cárcel. Al menos gracias a aquellos cuadros él había descubierto en su más tierna infancia el inapreciable valor de las verdaderas joyas de la humanidad. Así había nacido su sensibilidad hacia la pintura, la cual veneraba tanto o más que la poesía, aunque según su opinión el arte de lo bello se encontraba encarnado por las mujeres. Le gustaban muchísimo, tanto que se podría considerar un adicto a la sensualidad, en la que veía otro modo de poiesis. El ejemplo era que su novia, antes de salir juntos, no era ni mucho menos la más guapa de las de la clase; sin embargo, tras el primer beso, la bella que dormía dentro de ella se había despertado. Sin duda aquella jovencita culona y con granos se había ido modelando bajo el calor de sus caricias. Él podía advertir diariamente las transformaciones en su cuerpo y en su rostro. Ella y su familia, especialmente su madre, estaban encantados con el prodigio cosmético, cósmico, como el amor verdadero. Su padre, si bien económicamente jamás le había ayudado, le había instruido a la perfección. Quizá por ese motivo tanto él como sus hermanos habían nacido verdaderamente agradecidos. Lo cierto es que podría escribir un libro sobre el verdadero arte de amar, aunque por ahora tendría que conformarse con que sus rimas fueran capaces de expresar el candor de aquella joven. Como ella carecía de móvil, le había escrito un e-mail, y a pesar de que no era creyente, estaba a punto de disponerse a rezar para que le respondiera pronto. Por ello, para sobrellevar la espera, la pinta con palabras.